

Crónica

El caso de la Argentina

La mayoría de las naciones que al estallar la guerra entre la Entente y los imperios centroeuropeos se declararon neutrales, adoptando esa actitud por conveniencia o por incapacidad militar para tomar parte en la contienda, y alguna de ellas, además, porque desde el principio de la lucha la división de opiniones entre sus habitantes a favor de una y otra causa fué de tal naturaleza, que hubiera sido difícil, sin encender una guerra civil dentro del país, salir de ese estado de neutralidad, poco a poco han ido interviniendo en el conflicto y todas, excepto Bulgaria, a favor del grupo de pueblos de que es alma, guía y sostén la Gran Bretaña.

Este aumento progresivo e incesante de adversarios de Alemania y Austria; esta íntima, fuerte y completa unión de pueblos de razas tan distintas, y aun de encontrados intereses en otros órdenes, para combatir a los Imperios Centrales hasta su total derrota, es una prueba evidente e irrefutable de que la mayoría del orbe civilizado considera a los austro-alemanes, o a la organización y a los gobernantes de estos pueblos, como un enemigo común, como un peligro mortal, como un mal gravísimo que hay necesidad de extirpar para que el mundo pueda vivir tranquilo y continuar su interrumpida marcha por el camino del progreso.

Mas, a pesar de ser esto tan claro y palpable, los germanófilos españoles, más papistas que el Papa y exaltados y groseros como ellos solos, siempre que una nueva nación ha querido con libertad su esfuerzo al de la Multitud, han acusado a los aliados, y particularmente y con más saña a Inglaterra, de aumentar las proporciones de la tragedia que seola al mundo, consiguiendo ya con halagos y promesas, ora con amenazas y presiones humillantes, la entrada de nuevos factores en la contienda. Y lo han hecho invariablemente con el mismo lenguaje incorrecto e injurioso, además de ridiculo: barajando esos falsos y manidos tópicos, esas frases tontas y vacías de «la hipócrita Albión» y «la moderna Cartago».

Pero acaba de darse un caso típico que ocha por tierra todo el tejido de inexactitudes de nuestros germanófilos, toda la bien urdida red de sus calumnias y de sus mentiras para desfigurar los acontecimientos. Nos referimos a la ruptura de relaciones entre la Argentina y Alemania. Todo el pueblo argentino quiere la guerra y está justísimamente la actitud de los patriotas de la república del Plata.

Nada han tenido que hacer los aliados para captárselos y atraérselos a su causa. Solo Alemania con su conducta, ha dado motivos para el rompimiento.

Hace muchos meses, igual que con los españoles, comenzaron a proceder

los submarinos alemanes con los barcos mercantes argentinos. Fué hundido injustamente el primero y el Gobierno de Buenos Aires pidió al de Berlín que le escusara al menos desagraviara al pabellón azul y blanco.

En la primera ocasión se realizará el justo desagravio a la bandera Argentina, contestaron los ministros del Kaiser, sin que luego cumplieran plenamente su promesa, y siguieron los torpedeamientos.

Con ser estas causas más que suficientes para una ruptura, aún los alemanes agravaron la situación con intrigas y manejos de la peor especie, que culminan en el indigno proceder del conde de Luxburg, embajador de Alemania en Buenos Aires. ¡Oh el espionaje alemán tan extendido y alevoso y tan poco perseguido en algunos países neutrales que lo padecemos!

Preso a sus sistemáticos e injustos detractores, la Gran Bretaña no tiene que recurrir a estos medios arteros, que le repugnan, para combatir y vencer a sus adversarios o captarse las simpatías de los neutrales.

Esta guerra, como se ha visto, no es una guerra de sorpresas dramáticas ni de rápidas decisiones, sino una guerra de aguante, y el pueblo inglés sabrá aguantar hasta el fin, e Inglaterra, por el carácter reposado de sus habitantes, consciente de su fuerza y poderío es una nación que, aun sufriendo daño, no pierde nunca la susceptibilidad de los demás países, y sabe repetir los sentimientos y preocupaciones sociales de los demás pueblos.

Juan España.

Por un alcarreño

Cinco años ha que para conmemorar un glorioso hecho de armas, la nobilísima y valiente provincia navarra celebraba el centenario de la gran batalla de Las Navas de Tolosa y abría un Certamen histórico literario.

Armas y letras unieronse en un sólo hombre, entre doctos y eruditos que al concurso se prestaron; y fué ese hombre de ciencia un hijo de la Alcarria, un militar de gran concepto en el Ejército y que por ser en extremo competantísimo ha visitado las fabricas de cañones de Krupps en Alemania y de Stola en Austria, enviado por el Gobierno español: Don Francisco Sigüenza, capitán de Estado Mayor, natural del vecino pueblo de Marchal, que fué premiado en el Certamen con pluma de oro y diamantes.

Después de la Diputación provincial de Navarra acordó la impresión de tan hermoso trabajo, avalorado con documentos inéditos de la famosa batalla de Las Navas, y esta es la fecha que el acuerdo aparece todavía incumplido.

La Tradición Navarra, que se publica en Pamplona, pide el cumplimiento

del acuerdo y justo es que la citada Diputación provincial dé esa pequeña satisfacción a nuestro ilustre paisano, a la vez que contribuye a la divulgación de un hecho de armas, que cubrió de gloria a los navarros.

QUIMÉREGA



¡Oh! Mujer de belleza soberana que acudes a mi loca fantasía, ya cubierta de seda y pedrería ya bajo el tosco traje de aldeana.

Ya te veo en mis sueños amorosos en un hermoso valle declinada, aspirando la esencia delicada de flores y tomillos olorosos.

Ya te veo bravía y altanera corriendo entre montañas encarpadas, sus altadas mejillas solocadas, dando al viento tu rubia cabellera.

Ya te veo entre lujos y esplendores habitando en palacios cristalinis, ya te veo entre humildes campesinos el triste oficio hacer de los pastores.

Ya cubierta de alhifanos ropajes te veo entre noche misteriosa, ya veo tu silueta deliciosa dibujar, de una nube los celajes.

Y te veo tan bella, tan graciosa, tan hermosa y gentil que dudo a veces, si eres una mujer, como pareces o eres una hada o una divina diosa.

Y aun cuando sé que eras una quimera creada por mi loco desvarío, para tí sola guardo el amor mío: a tí sola mi alma te venera.

Pues no hay mujer real y verdadera, que pueda competir con tu hermosura, ni que orlen su frente tersa y pura los rizos de tu hermosa cabellera!

Miguel Cerrada.

¿Por qué será?

De Humanes recibimos dos artículos que por su mucha extensión no podemos publicar íntegros, como fuera nuestro deseo.

Nuestros comunicantes rebaten los